



Vida de cowboy. J. R. Plaza se fotografiaba obsesivamente a sí mismo vestido de vaquero



El artista Iñaki Bonillas despliega en La Virreina el fascinante álbum familiar de su abuelo

El aspirante a John Wayne

TERESA SESÉ
Barcelona

El abuelo de Iñaki Bonillas (Ciudad de México, 1981), J.R. Plaza, era un entusiasta del estilo de vida de los cowboys del Lejano Oeste. Un aspirante a John Wayne que los fines de semana salía al campo con un grupo de amigos y se fotografiaba obsesivamente a sí mismo vestido de vaquero, las piernas arqueadas en pleno duelo, caminando bajo el sol con un cigarrillo entre los labios, cocinando en cuclillas sobre un fuego o durmiendo la siesta con la cabeza apoyada en los bártulos. En 1945, descubrió la manera de hacer realidad su sueño, y viajó hasta Rock Springs, en el sudoeste de Wyoming, para trabajar como borreguero: "Paso mucho tiempo arriba del caballo. Manos y pies los tengo destrozados", escribió al poco en un diario donde detallaba la frustración y la amarga realidad del día a día en el altiplano. Dos meses después estaba ya de vuelta en Ciudad de México, viviendo aquellos westerns que tanto le gustaban ahora desde el confort del estudio fotográfico.

Iñaki Bonillas reconstruye la doble huida del abuelo (la real al Oes-



J.R. Plaza. Español de origen vasco refugiado en México, le habría gustado ser Humphrey Bogart, cuyas poses y ademanes de duro intentaba emular en las fotografías. Abajo, una de las fotografías en las que Plaza borró con rotulador negro el rostro de Martín-Lunas, su mejor amigo, a quien quiso castigar así su traición a causa de un lío de faldas

te americano y esa otra fuga hacia la imagen) en *A sombra e o brilho*, una de las veinte piezas que forman parte de *Archivo J.R. Plaza*, exposición en la que el artista mexicano explora las mil y una posibilidades de juego y reflexión que le brinda el álbum familiar, con resultados fascinantes. La muestra, hasta el 6 de mayo, se presenta en La Virreina Centre de la Imatge y es un proyecto gestado por su antiguo director, Carles Guerra.

Español de origen vasco refugiado en México en los años treinta, José María Rodríguez Plaza era un hombre vanidoso cuya pulsión por autorretratarse y vivir una vida de artista ("¿cómo le habría gustado ser Humphrey Bogart!", dice Bonillas) rechinaba con su carácter misántropo: a los 55 se encerró a cal y canto en la casa familiar y sólo salía los fines de semana para ayudar a su esposa, Pilar, pintora amateur, a trasladar sus cuadros hasta el Jardín del Arte. A su muerte, en el 2000, dejó treinta álbumes, 800 diapositivas y dos volúmenes de una enciclopedia de cine, a la que había ido introduciendo datos que faltaban.

Antes de empezar a excavar en el archivo, Bonillas ilumina cada fragmento de la historia familiar en una instalación, *Pequeña historia de la fotografía*, treinta cajas de

luz que, como en *Todas las verticales* (900 imágenes verticales, desde finales del siglo XIX al 2000) contiene toda la belleza y pegada emocional del tiempo acumulado. Bonillas, artista pegado a lo conceptual, va y viene de la biografía tejida de anécdotas (deliciosas), a la reflexión lúcida e inteligente sobre las imágenes, su capacidad para desdoblarse o para sustituir recuerdos o las diversas maneras que una persona puede aparecer con los ojos cerrados... Un caso aparte es el de Martín-Lunas, el mejor amigo de Plaza, cuyo rostro concienzudamente emborronado con rotulador negro —al parecer, un lío de faldas— acaba convirtiéndolo en intrigante protagonista; o

El artista mexicano va y viene de la biografía tejida de anécdotas a una reflexión lúcida sobre la imagen

esas felices imágenes de un tiempo ya pasado, como delatan las huellas dejadas por las pollizas (Bonillas encerró centenares de ellas en una caja, pero murieron intoxicadas). Por cierto, Plaza, vendedor de piezas de acero, tuvo su momento de gloria. En *Fisiología de un matrimonio*, Bonillas empapela una estancia con la imagen idílica de sus abuelos en el puerto de Acapulco, esta vez sí, actuando ante la cámara como protagonistas de una fotonovela para una compañía de lavadoras.●

T. SESÉ
Barcelona

La exposición se titula *Habitar el mundo*, y la cuestión "no se refiere únicamente a los refugios o edificios que construimos a nuestro alrededor o aquellos con los que soñamos, sino en un sentido más amplio: ¿qué significa para nosotros estar en el mundo? ¿Cómo interactuamos con él y nos lo apropiamos, lo modificamos y dejamos nuestras huellas? ¿Cómo nos vemos a nosotros mismos en la sociedad?", precisa ya de entrada, su comisario, Régis Durand, como queriendo fijar el territorio por el que vamos a transitar. Y, en verdad, el paisaje que se despliega simultáneamente en la Fundación Foto Colectania y la Fundación Suñol de Barcelona (hasta el 16 de junio) a través de 165 fotografías de la colección de Martín Z. Margulies, viene a ser un viaje profundo y melancólico

Foto Colectania y la Fundació Suñol acogen la colección Margulies

Las huellas del hombre



WILLIAM EGGLESTON

Untitled (Blue Car on Suburban Street), Memphis, 1970

al fondo de la condición humana.

La de Martín Z. Margulies, radicada en Miami, es una de las colecciones más importantes del mundo. Su propietario se dedica a la construcción y al negocio inmobiliario, pero ante todo es un gran humanista, un hombre "comprometido, de una entrega y generosidad absoluta", en palabras de Mario Rotlant, presidente de Foto Colectania, que ofrece un dato revelador: el dinero que ingresa por la venta de obras de la colección es destinado a una institución regentada por su esposa, Constance, dedicada a mujeres y niños sin hogar. Y desde hace treinta años la Fundación Margulies ofrece educación artística gratuita a los jóvenes. La educa-

ción ayuda a romper la cadena de pobreza. Esa es su idea.

Una vocación social que impregna a la propia colección, de los complejos industriales y paisajes ruinosos a la dignidad de los trabajadores. Régis Durand, ex director, entre otros del Jeu de Paume de París y del Centro Nacional de Fotografía francés, despliega su tesis a través de la mirada de 50 artistas, la mayoría nombres incuestionables (Walker Evans, Dorothea Lange, Helen Levitt, Lee Friedlander, Ed Ruscha, Stephen Shore, Gillian Wearing, Andreas Gursky, Stan Douglas, Olafur Eliasson, Lewis Baltz, Gregory Crewdson, Green Houston), aunque de tanto en tanto asaltan felices descubrimientos, como esas decoloridas fotografías de las maquetas construidas a principios de siglo por los alumnos de la escuela rusa de Vkhtemas, algo así como una hermana pobre de la Bauhaus aún hoy perdida en el olvido.●